

Sintonía 

Verano que nos dejas....

No sabemos si decirte ya adiós. Eres tan alegre, tan simpático... y estas cualidades son tan necesarias al hombre para su vida.

No importa que cada cual te mire con la lente de sus deseos. Tú te muestras jubiloso con todos. Ofreces tus dones lo mismo al frío calculador que al romántico desinteresado. Por esto siempre es esperada con vehemencia tu llegada. Tanto, que con las ilusiones nos queremos anticipar a tu llegada y retrasarnos en tu despedida.

«Ya pronto se alargarán los días», empezamos a decir a medianos de enero en una repetida esperanza de cada año. «El febrer ja es jornal», repetimos, con nuestro afán de sacudirnos del invierno.

Y así nos imaginamos verte llegar, cuando todavía estás quien sabe en qué paralelo.

Ahora nos vas a dejar, y todavía creemos sentir tus caricias con el sol otoñal de septiembre y hasta con el octubre. Solamente en pleno invierno, cuando los días son cortísimos y tenemos que cubrirnos las desnudeces que te prodigamos, entonces es cuando nos damos cuenta de tu ausencia real.

Por esto no sabemos si decirte ya adiós. Porque la ilusión no nos deja. Porque eres tan alegre, tan simpático... y estas cualidades son tan necesarias al hombre para su vida, que siempre te deseamos a nuestro lado.

Más como la realidad es otra, y tú tienes que acudir a otros lugares a prodigar tus cualidades, nos prepararemos a despedirte pero, no con un adiós, sino con un «hasta otro año y que no tardes».

AVANCE

SAN FELIU DE GUIXOLS 6 DE SEPTIEMBRE 1956 NÚM. 449 AÑO IX

La verdad está en alguna parte

por L. d'Andraitx

Dicen que los hombres se afanan en la busca de la verdad; de la verdad de cuanto nos rodea, de la verdad de cada acontecer en nuestro orbe y espacio. Verdad equivalente a una explicación certera, a un conocer ceñido y amplio. En el campo de la pura abstracción llegamos a ello sin obstáculos. El camino podrá ser largo, paciente, trabajoso, pero, desde luego, no surgen en él fantasmas. Se puede también errar el camino, vernos obligados a retroceder y a empezar de nuevo, pero llega al fin el diagrama que nos explica una estructura, la fórmula que engloba todos los factores de un hecho. ¡Benditas las Ciencias abstractas con su exactitud aplastante! También las Ciencias Experimentales tienen el camino expedito en sus cenobios de trabajo.

Pero en el momento que el hombre es actor y observador a su vez de un hecho cualquiera, sea pseudo científico, político o social, la verdad empieza a hacer guiños, y las rutas de discusión se pueblan de raros fantasmas. De existir un intento de llegar a la verdad, se frustra. La sana discusión, el necesario intercambio de pareceres, se convierte en hipócrita, astuta argumentación de leguleyos, o en florida y hueca elocuencia de abogados de renombre.

Veamos el caso del Andrea Doria. La colisión entre este navío y el Stockholm, creo que, en abstracciones sentimentales, podría explicarse como un mero problema de Física. Posición y rutas de los barcos. Velocidades por hora. Energía cinética de las dos moles, imágenes respectivas en las pantallas de radar. Comprobación de todos los registros. No creo que se precise nada más, para solucionar el problema, para saber si el choque era evitable o no, si era posible la maniobra que las leyes del mar exigían a uno o los dos navíos. Bien; ¿dónde, la verdad del siniestro, donde la explicación del choque seguido del naufragio? Si no se ha hallado aún, no ha sido por

falta de conferencias y debates. Pero los abogados de la Compañía «Swedish American Line» y los de la Sociedad «Italia» han llegado a dos verdades contradictorias. Y la verdad no tiene plural.

Y, ¿cuántas verdades no han salido de la Conferencia de Londres, al intentar enjuiciar y resolver el caso del Canal de Suez? ¿Qué mano hace oscilar el fiel de una balanza, hurtando equilibrios, arreglos y solución?

Cada hecho tiene una verdad única e indiscutible. La verdad está en alguna parte.

¿Por qué no se consigue llegar hasta ella? ¿Hemos dedicado un culto excesivo a las opiniones, a las opiniones particulares, específicas; nos gustan las conferencias los discursos. Tapiamos la elocuencia de un silencio y la exactitud de los monosílabos. No meditamos los propios puntos de vista, sino que los elaboramos en público, para el público reconocimiento de nuestra maña y astucia. Vivimos lejos de la soledad, lejos de nosotros mismos, solo atentos al efecto que producimos, no a lo que somos. Nunca verdaderos buscadores del oro de la verdad, casi siempre mercaderes de la más vulgar baratija. Desconocidos y ausentes de nosotros mismos, ¿cómo observar y enjuiciar propiamente lo que bajo nuestra mirada ocurre, lo que recoge nuestra retina, si olvidamos estudiar primero medida y campo sensibles de nuestro ojo? ¡Mirar nuestro, ofuscado por orgullos y egoísmo! Palabras nuestras, que nos llevan siempre lejos de una culpa, acusadoras para el amigo, para el hermano...! Que nos encumbran, pero que destruyen, que llenan nuestras cajas, pero que vacían las del vecino...! Tristes falsedades. Corazón duro y mente soberbia. Jueces imponentes.

Y, entre sufragios de mentiras, mentimos nuestro voto a la verdad. Y la verdad nos huye. Hace muy bien. Pero la verdad sigue en alguna parte.